

AS TIME GOES BY

León en el café

Yo, lo saben ya ustedes —estaba diciendo León Felipe en el café Sorrento—, tengo un sobrino torero, no tengo que decirles su nombre, es Carlos Arruza. Bueno, pues Carlos toreó en... ¿cómo se llama ese lugar de Francia donde hay también corridas de toros? Tst, ya soy como un caballo sin memoria. Y Carlos, por recomendación de un periodista amigo, le brindó un toro a un español bajito, fuerte y calvo, de grandes ojos, que estaba en el tendido de la plaza, ¿van ustedes dándose cuenta?, y al final, cuando mi sobrino mató al toro y dio la vuelta al ruedo, el hombre aquel, sonriendo, le devolvió la montera con un papel dentro. Y retorna a México mi sobrino y me lo cuenta: un señor me lanzó un dibujo en el que me llamaba algo muy raro: algo así como Picoso. ¿Un dibujo?, le digo yo. Y me dice: bueno, casi un garabato que quería parecer una cosa de toros y con una sola palabra escrita: Picoso. Pero qué estás diciendo, le digo, muéstrame el dibujo. No lo he guardado, me dice. ¡Pero, hombre! Si no era gran cosa, León: un monigote como hecho por un niño. Ya, ¡y lo has tirado! Sí, ¿por qué?, no creo que le hubiera interesado a usted. Rediós, ya lo creo que me hubiera interesado; eso de Picoso no te lo decía a ti: era su firma, y una firma célebre. Hombre, pues de haberlo sabido, no lo tiro y se lo traigo. Pues buena la has hecho, has tirado a saber cuántos miles y miles de pesos, porque ese Picoso tiene que ser Picasso, el más grande pintor del mundo. Me dijo que lo sentía. Y luego no he dormido en toda la noche. Mejor no me lo hubiera contado: ya os podéis imaginar qué disgusto. El dibujo ese, vamos, ¡nada menos que un dibujo de Picasso!, es como si yo lo hubiera tenido ya en las manos y me lo quitaran. Porque, vamos a ver, Samperio, ¿cuánto valdrá ahora un papelajo garabateado y firmado por Picasso?

—Ponga la cifra que quiera, León —decía Samperio—. Una cantidad de dólares que es una barbaridad, que es una bestialidad. Como para no dormir, en efecto.

—Hum. ¡Y Carlos lo tira y me dice que me lo hubiera dado! Y se lo creo, porque el chico es un ángel y me quiere mucho. ¡Pero... va y lo tira!

León Felipe, el poeta español del Éxodo y el Llanto, con aquellas gruesas gafas que le adjudicaban una mirada inspeccionante, más parecía un búho que un león. En los últimos momentos de la tertulia se despedía gerundialmente sin acabar de marcharse: se quedaba yéndose, se iba quedándose. Como sabía que entre españoles la tertulia de café es una patria dentro de la patria, o una patria de repuesto cuando se pierde la patria original, solía estar allí sentado como para un siglo. Tertuliero sin agraviar su prestigio de gran solitario, de poeta-profeta en el desierto, era

el Patriarca sitibundo, la sagrada gárgola de tres alternativos cafés del centro de la Ciudad de México, cada uno a su hora: el París al mediodía, el Trevi en la tarde, el Sorrento en la noche. Y uno se preguntaba cómo era posible, siendo León el cantor autorizado del viento y el bardo de los caminos, que sólo se le viera entre el humo y el rumor y las zetas españolas de los cafés. ¿En dónde guardaba el viento, protagonista de sus poemas? ¿En los bolsillos de la zamarra de pana? ¿O en el armario, y sólo lo sacaba de allí para usarlo de música de fondo en sus recitales?

En su letárgica tertulia de transterrados en el café Sorrento, que se hubiera dicho más bien tertulia de indios, porque ya ni siquiera se hablaba de la guerra de España ni de la próxima caída de Franco, los asiduos eran el valenciano Francisco Pina, crítico de cine y vegetariano, el castellano Luis Rius Zunón, inspector de boletaje del cine Regis y autor amateur de romancillos históricos, el madrileño Luis Bretón, nieto del autor de *La verbena de la paloma* y músico también, el santanderino Domingo José Samperio, arquitecto profesional, gran conocedor del cante y el baile flamencos, maestro de las bailarinas Lucero Tena y Pilar Rioja, historiador de los verdugos españoles y gran conocedor de la técnica del garrote vil, ese tormento mortífero y exclusivo de la barbarie carpetovetónica. Y el tótem central era León. Con un viejo sombrero gris, con un tupido abrigo gris, con una nazarena barbita gris que ocasionalmente ordeñaba con la lenta izquierda, y con los ojos de búho absortos detrás de los lentes espesos y el mentón apoyado en el puño de la cachaba (su bordón de romero, su remedo de espadón o de báculo), se abrigaba como la venerable tortuga de los siglos en silencios antiguos de los cuales el espíritu le emergía apenas a la mirada y a los labios. Yo al verlo me acordaba de haber leído que de joven había sido boticario en mi Santander natal y que tal vez allí, en aquel tiempo arcaico, se había despertado poeta. ¡Poeta y boticario, más que poeta y campesino! En esos largos momentos en que dejaba de hablar en la tertulia, se veía que el León poeta se estaba y el boticario Felipe había cerrado la botica. Los contertulios respetaban esas modorras y hablaban en voz baja, todos muy seriamente conscientes de componer una de las últimas tertulias de refugiados cuyo eje era un español ilustre: el León del desierto y del destierro, el gran sacudidor de españolas conciencias dormidas, el juglarón portavoz del viento celtiberión. Yo lo había visto y oído, leonino y tonante, dando un recital en el Ateneo Español de México, convocando en vibrantes versículos al huracán, al rayo, al Dies Irae,

y pasmando al auditorio con el efecto hipnótico de la voz espléndidamente grave. Pero en el café ejercía una teatralidad distinta, hierática, sacerdotal casi. Tal como mi memoria lo retrata, es gárgola de café, siempre sentado como a la orilla de sus apellidos: Camino y Galicia. Y se llegaba a sospechar que, múltiple e idéntico, estaba a la vez en todas las ínsulas del archipiélago cafeteril del exilio, encarnando al español más español, el más exiliado de todos, el transterrado número uno, el paria de honor, dispuesto a embocar su fuerte y monocorde trompeta verbal anunciadora del Juicio. (¿Dónde están el Trevi, el París, el Sorrento?, se me podía preguntar. Y yo podía responder: busque usted a León Felipe y donde lo encuentre, allí estarán esos cafés.)

Yo, intuyendo y admirando al pastor lírico de la tribu carpeto-vetónica y errante, una noche, en el Sorrento, me atreví a ir a saludarlo, nos dimos la mano y a petición suya me senté junto a él, que, tras un lento escrutar me desde los ojos ampliados por las gafas, zas, me echó la abacial zarpa al brazo y me capturó (“de aquí no se va nadie, nadie, ni el místico ni el bufón, ni el loco ni el suicida”) en una letanía sobre todo interrogativa, hilada tan apretadamente que no dejaba pausas para las respuestas:

—¿Cómo estás?, ¿qué haces?, ¿tú eres el hijo de Colina ¿eh?, yo conozco a tu padre, yo sé que tu padre es santanderino, te voy a decir la verdad, en Santander yo trabajé en una botica y me metieron preso porque me levantaron un infundio de desfalco, pero no tengo rencores, Santander me gusta, Santander es Castilla, la Castilla que sí mira al mar, pero, claro, tu padre a lo mejor por entonces era un chaval, dime la verdad, ¿cómo está tu padre, qué hace, cuánto gana, se defiende en este exilio?, en México creo que no lo habré visto más de un par de veces, lo vi hace no sé cuántos años ya en los Talleres Gráficos de la Nación, estaba con Martín Luis Guzmán, tu padre es tipógrafo, ¿verdad?, ¿cómo está, qué cuenta, gana bien?, ¿y tú qué haces, qué cuentas?, ¿ganas bien?, ¿escribes?, ¿dónde trabajas?, ¿cuánto ganas?, dime la verdad...

No había manera de decirle ni la verdad ni la mentira a León Felipe. Sólo podía uno exhalar: sí, no, bueno, verá usted, pues..., y León seguía dándole al tacatata. Las dos manos sobre el puño del bastón, era un inquisidor bonachón, un patriarcal inspector aduanal de refugiados, un viejo vigilante del umbral entre la vida y la muerte, entre España y México. No escuchaba más que

su voz y el crecer de su barba. Y de pronto: tómame un café conmigo. Decía “conmigo”, no con nosotros, y parecía que los otros contertulios hubieran desaparecido, o se hubieran consustanciado en el tronco de León, y ellos observaban silenciosos al hijo de Colina. Pues yo no era yo, no era José de la Colina, sino *el hijo de Colina*, y una vez más se verificaba que para un viejo refugiado español, posiblemente para cualquier español, uno nunca es uno mismo, quienquiera que sea, sino el hijo de Fulano o Mengano.

Seguía León con el metralleo verbal cargado de interrogaciones autorrespondidas:

—Dime la verdad, ¿escribes?, ¿ya has publicado algo?, ¿escribes y además trabajas?, me dicen que escribes sobre cine, ¿te pagan bien?, ¿ya has leído *La manzana*?, la he escrito para que la hicieran en película, pero Otaola lo leyó y me dijo que no veía cine, vamos, ¡que no veía cine!, es que la gente no se da cuenta de que el cine debería ser para hacer poesía, claro que el cine da mucho dinero a todos menos al poeta, los que hacen el cine no saben una miaja de cine, sólo les interesa el dinero, ¿a ti te pagan bien?, dime la verdad, ¿cómo te pagan?, a mí vinieron a sacarme en película los de Carlos Velo, se pasaron la mar de días asándome con los reflectores, a saber los rollos que habrán empleado en mí, me ordenaban lo que se les ocurría, al fotógrafo casi le di con la cachaba porque me decía “póngase usted así y así, póngase de poeta”, ¿te das cuenta?, ¿qué significa ponerse de poeta?, será como ponerse de puta, hum, en fin, una lata interminable,

total que después fuimos al cine Berta y yo a ver cómo había salido aquello y no aparecí en la pantalla ni tres minutos, eso es el cine ¿verdad?, tú debes saberlo, y ya que escribes de cine, ¿te pagan bien?, dime la verdad, ¿cuánto ganas?, ¿y tu padre?, tu padre es de Santander, lo sé, qué paisaje el de Santander, pero es demasiado suizo, es poco español, y le tengo un mal recuerdo, allí me metieron preso, igual que a Cervantes en la Mancha, ¿lo sabías?, dime la verdad.

Luego León, desamarrándose de la tertulia, se embaulaba en un silencio jaspeado de leves gruñidos de afirmación o negación, como si se ejercitara en asentar la espléndida honda voz sentenciosa para cuando llegara el momento de subir a cualquier tribuna a proferir el poema vindicativo, huracanado, apostólico, apocalíptico. “De aquí no se va nadie; mientras esta mirada del Niño de Vallecas exista, de aquí no se va nadie”,



Ilustración: LETRAS LIBRES / Ricardo Rudech

Anuncio Gandhi

había dicho en un poema, y nadie se iba cuando en la tribuna del Ateneo Español de México su arte declamatorio, y la perfecta asimilación de su personaje de profeta del desierto en salas pobladísimas, impedían que nadie saliera, quedando el público convertido en una muchedumbre de niños de Vallecas multiplicados desde el cuadro de Velázquez, todos con las bocas abiertas en grandes Oes, en profundos Ohs admirativos como oídos suplementarios y frontales para beber el Verbo leonino.

La estatua de León, algo más grande de lo natural en un leve promontorio del jardincillo frente a la Casa del Lago de Chapultepec, tenía que ser estatua sedente. Y cuando me ocurre ir por allí y ver ese mal trabajado bronce en que León apenas en cuerpo, y no en alma, perdura (esa estatua, o lo que sea, tan poco agraciada que los pájaros ni siquiera se dignan cagarrearle la cabeza o los hombros, ni los niños subírsele a la barba), espero que me atrape al paso su mano pesada de fantasma del Comendador y se oiga su voz profunda: ven acá, cómo estás, qué haces, en qué trabajas, cuánto ganas, dime la verdad, ¿y tu padre?, ¿gana bien?, ¿qué hace?, dime la verdad. Pero la eternidad de las estatuas es inmóvil y muda, nadie se acerca a hacer tertulia con la estatua, y ni siquiera los pájaros visitan a León Felipe tal como el bronce, traicionándolo, lo repite.

Había una tampoco muy vera efigie de León en otro lugar de la Ciudad de México. Estaba en su habitual café Sorrento: una cabecita reducida, también de bronce, sobre una placa con las fechas natal y mortal, en un pequeño nicho en una pared de su más frecuente patria tertuliera. Bajo aquella efigie y su placa, en las altas horas de la noche, un anónimo parroquiano solía ocupar la mesa así honrada, y leía siempre un mismo libro. Una noche Antonio Tirado, no resistiendo más la curiosidad, pensando que se trataría de alguien que, sentado siempre allí, acaso rendía al poeta una especie de culto, se acercó y, disculpándose, le preguntó si sabía quién era el de la cabecita bronceínea.

—No, disculpe —dijo el otro—, ¿quién es, si me hace favor de decirme?

—Es que como yo lo veo a usted siempre sentado aquí —dijo Antonio—, hubiera jurado que lo sabía usted. Es un gran poeta que...

El otro se palmeó la frente:

—Ah, sí, cómo no, ya me acordé. ¡Grandísimo poeta! Hasta me sé de memoria muchas poesías tuyas... Y está igualito. Es el inmortal vate veracruzano Salvador Díaz Mirón, pues cómo no.

(Y por lo demás, Antonio Tirado no llegó a saber cuál era el sempiterno libro en manos del concienzudo lector.) —